SOBRE LA ALFOMBRA DEL SALÓN

Hace ya tres días que encontré su cadáver desplomado sobre la alfombra del salón. Un revoltijo de piel blanca y extremidades inertes que teñía la tela de carmesí y miraba fijamente a la pared, pero que no veía nada. Su rostro había perdido la expresión, y sus labios, ahora pálidos, habían perdido las palabras. Ella, que en algún momento había sido como un jardín rebosante de colores, olores y vida, ya no era más que una flor marchita. Pero seguía siendo mi flor.

Cada sueño me devuelve a aquella mañana de diciembre. Recuerdo que, cuando desperté, el otro lado de la cama estaba frío, las sábanas libres de arrugas y la almohada olvidada como si nadie hubiese dormido allí. Me llamó la atención, pues mi mujer, aunque pasaba más horas de vigilia que de descanso, nunca me dejaba solo por las noches.

- ¿Cariño? - bajé las escaleras torpemente, concentrado en no pisar el bajo del pantalón y llegar al suelo hecho una madeja de zapatillas y pijama. No había ruido ninguno más que el de la lluvia estrellándose furiosa contra las ventanas, encubriendo el silbido del viento que entonaba melodías terroríficas. Pero ambos fueron perdiendo protagonismo en cuanto llegué al salón y mis oídos se inundaron de un pitido ensordecedor al descubrir su cuerpo sin vida.

Inmediatamente llamé al hospital, esclavo de un sentimiento esperanzador que difícilmente lograría cambiar la cantidad de sangre derramada. A partir de entonces todo ocurrió demasiado rápido. O yo iba demasiado lento, no lo tengo tan claro. Los sanitarios llegaron, solo para confirmar lo evidente. La policía también apareció, haciendo muchas preguntas para las que yo no tenía respuesta. Los vecinos se acercaron, comenzando el contrabando de miradas y susurros. Pero de todas las personas que invadieron la casa ese día, de todas

las reacciones que hubo, la peor fue la de Sofía. Mi hija, que había perdido a su madre.

Aquel día no fue la alarma quien la despertó, sino las sirenas de la policía que resonaban por todo el vecindario. Llegó al salón aturdida, con el miedo ya instalado tras su mirada, y no encontró otra cosa más que un puñado de desconocidos, una bolsa para cadáveres sobre la alfombra y un padre siendo devorado por el dolor en un rincón.

Toda esa gente que había interrumpido nuestra mañana tardó demasiado en irse. Y aún después seguían llamando por teléfono, esforzándose por saciar de una vez por todas su necesidad de interrogatorios. Yo hice todo lo que pude por darles mi atención, pero pronto me perdí entre las fotografías. Nunca había sido un tipo demasiado nostálgico, pero ahí estaba, empapando otro pañuelo con lágrimas, mocos y recuerdos. Pasaba las páginas de los álbumes lentamente, parándome a observar cada imagen por lo que parecía una eternidad, intentando reconocerme en aquellas sonrisas a través de la humedad que nublaba mi vista. El disco giraba y daba vueltas sin descanso sobre el tocadiscos mientras la fina aguja leía las canciones que en algún momento habíamos bailado juntos, cuando las notas danzaban en el aire y ella estaba aún conmigo.

Podría decirse que no he hecho otra cosa durante los días siguientes. Llorar, consolar a Sofía y volver a llorar. Siento como si doscientos caballos cabalgasen desbocados sobre mi piel. Van dejando vestigios de su paso, huellas húmedas que la tela se encarga de borrar. Mi rostro se agrieta, resultado de la erosión de ese mar, de las olas que rompen furiosas y eléctricas contra mi expresión, provocando que tenga que huir al baño en busca de alguna pastilla que permita que el aire siga entrando, que me dé vida. Me apoyo sobre el lavabo y observo mi aspecto en el espejo. Me veo atrapado, preso en un llanto perenne. Sin

embargo, encuentro algo más. Otro sentimiento. Veo enfado. Furia. Cólera ¿Quién ha matado a mi mujer?

Lo siguiente que sé es que hablo con la comisaria encargada de la investigación. Me dice que están buscando pruebas, sospechosos, cualquier cosa; pero que deben empezar por hablar con Sofía y conmigo. Nuestro testimonio es como los cimientos sobre los que deberán ir construyendo; al fin y al cabo, nosotros somos los únicos testigos.

No tardo en declarar que no sé absolutamente nada, que no tengo idea de quién pudo haberlo hecho. Me recomiendan contratar a un abogado, porque tanto mi hija como yo somos sospechosos. No me hace ninguna gracia que la metan a ella en esto, pero creo entender cómo funcionan estas cosas y comprendo que nunca se puede descartar a nadie. O al menos eso ocurre en las novelas de misterio que descansan en mis estanterías.

A partir de entonces los trámites legales, las llamadas de la comisaria y el insomnio por las pesadillas se convierten en el centro de mi rutina. Un día Sofía me dice que debo ir almédico, que el no dormir por las noches tiene que parar. Y evidentemente le hago caso, es lo mínimo que puedo hacer por ella. El doctor me recibe como de costumbre, añadiendo un “te doy mi pésame” para cerrar el saludo. Me dice que hace demasiado que no voy a una revisión, que debería estar más pendiente de mi salud, y, mientras, me receta unos somníferos para borrarme las ojeras.

Cuando estoy volviendo a casa, recibo una llamada de la policía. Me indican que debo ir de inmediato a comisaría, que ya saben quién es el asesino, y noto cómo la rabia invade mi torrente sanguíneo. Por fin encuentro algo de justicia en mi vida.

Mi coche recorre rápido las calles de esta pequeña ciudad y llego a la vez que

Sofía. Entramos en el edificio y esperamos a que alguien nos indique qué hacer, ansiosos por descubrir la verdad.

La comisaria se acerca con la mirada impertérrita, ocultando cualquier tipo de información, como si sus iris fuesen un gran telón escondiendo el decorado, a punto de abrirse, a punto de comenzar la función. Por cada paso que da se va soltando un eslabón más de mis cadenas, liberándome de la angustia producida por el desconocimiento, por no saber quién fue el cabrón que asesinó a mi esposa.

Se detiene ante nosotros y me mira. No; me observa. Me está leyendo. ¿Qué espera encontrar? Los nervios están empezando a corroerme cuando se digna a hablar. Escupe palabras a las que no les encuentro el sentido mientras me coloca unas esposas. ¿Me está deteniendo? ¿Me acusa de ser el culpable? Estoy muy confuso.

-Papá, ¿te volviste a olvidar de tomar la medicación?

Paula 1º BACH. B